

ROGERS, P. P. y F. A. LAPUENTE, *Diccionario de seudónimos literarios españoles, con algunas iniciales*, Credos, Madrid, 1977. 608 pp. (BRH, *Diccionarios*, 6).—En otras épocas, el seudónimo cumplía con la noble función de ocultar el nombre de escritores perseguidos por la intransigencia religiosa o política; pero a partir del siglo xvi —dicen los autores—, la más común de las funciones del seudónimo es satisfacer el capricho de los escritores. Y es posible que así sea, aunque me parece algo exagerado afirmar que "... la necesidad de escudarse en el seudónimo para protegerse ha desaparecido por completo, al menos en el mundo occidental" (p. 24). Creo que la necesidad subsiste; quizá se apele menos al seudónimo, pero esa parte de la historia sobre el tema sólo puede aclararse en un par de décadas.

Persecución y capricho no son los únicos motivos para ocultar la identidad; los autores presentan una lista de éstos que, a pesar de tener 28 incisos, no es exhaustiva, según afirman ellos mismos. Algunos incisos revelan la naturaleza contradictoria que origina los seudónimos: "por modestia", "por orgullo", "por timidez", "por deseo de notoriedad"; otros revelan las supersticiones del medio sociocultural que los dictó: "tratándose de mujeres, por pensar que un nombre masculino ofrecía mejores oportunidades para la publicación de sus obras". Hay en la lista algunos incisos curiosos que, en mi opinión, necesitan alguna explicación: así, por ejemplo, el núm. 22 "a veces, como por accidente", o el 18, "por desdoblamiento de la personalidad, un *alter ego*". Pero recorriendo las páginas del diccionario se encuentran ejemplos adecuados para algunos incisos; para el 26, por ejemplo, que dice: "para ponerse a tono con el asunto temático de la obra", encontré en la p. 234 un tal INQUILINO MOROSO, que firmó un libro titulado *El curioso arte de no pagar al casero*.

Hay en España, al parecer, predilección por ciertos seudónimos como *Hispano* o *Hispanus*, *Un Padre...* (en autores de obras devotas), *Plácido* es también frecuente (y aparece raro que *Plinio* aparezca sólo una vez).

El lector encontrará en la introducción (algo repetitiva) una breve historia del seudónimo y de las bibliografías que se le han dedicado. Quizá haya mucho que investigar aún sobre este curioso ambiente del seudónimo español, pero Rogers y Lapuente han hecho con este diccionario buena parte del trabajo.

El volumen del diccionario, la extensión de las listas de seudónimos no identificados, del índice onomástico, y de la bibliografía dicen, sin necesidad de muchas palabras, que ésta ha sido una tarea ardua y que está bien hecha.—M. E. VENIER (El Colegio de México).

JUAN RULFO, *Antología personal*, pról. de Jorge Ruffinelli. Nueva Imagen, México, 1978; 157 pp.—A veinticinco años de la publicación de *El llano en llamas* (1953) y a veintitrés de *Pedro Páramo* (1955), Juan Rulfo hace una evaluación (¿quizás sólo un muestreo?) de su obra. Ha seleccionado para este volumen ocho cuentos de su primer libro ("Nos han dado la tierra", "El llano en llamas", "¡Diles que no me maten!", "Luvina", "No oyes ladrar los perros", "Paso del norte", "Talpa" y "Anacleto Morones"); ha entresacado algunos fragmentos de su novela, aquellos que configuran los personajes del padre Rentería y de Susana San Juan; ha recuperado dos textos: un cuento, "La vida no es muy seria en sus cosas", de 1945, y "Un pedazo de noche" (escrito en 1940, publicado en 1959), fragmento de una novela que, al parecer, nunca terminó, *El hijo del desaliento*.

El prólogo de J. Ruffinelli es una relación de breves y poco originales notas sobre la obra completa de Rulfo, no una introducción a la antología. El lee

tor se sentirá defraudado si busca alguna nota fresca sobre los cuentos y la novela del escritor, o, en último caso, alguna justificación o explicación de los textos que se prologan.

Ruffinelli repite lo que incansablemente ha dicho la crítica sobre Rulfo. Se dedica también a comentar el argumento de algunos cuentos (estén o no en esta selección) y de la novela (no sólo los fragmentos que aparecen en la antología) y, de paso, habla de las influencias que la crítica y el mismo Rulfo señalan en su obra, del contexto histórico que de alguna manera ambienta sus relatos y de las constantes temáticas y estilísticas de esta narrativa.

No es este el prólogo que esperábamos. No se justifica lo repetitivo, y muchas veces rebatido ya, de sus comentarios. Bastaba quizá con la antología, en la que, de manera implícita, Rulfo revaloriza su obra.—SARA POOT HERRERA.